

En el libro *Vida de la V^{ba} Madre Isabel de la Encarnación, Carmelita Descalza, natural de la Ciudad de los Ángeles . . .* escrito por el licenciado Pedro Salmerón y publicado en el año de 1675 en México, en la imprenta de Francisco Rodríguez Rodríguez Lupercio, está la historia de la fundación de este convento, primero de monjas carmelitas en la Nueva España, que copiaría después Veytia sin citarla. La construcción de la iglesia y monasterio fue de 1608 a 1626. La descripción exacta y completa de cómo era el convento en el siglo xvii ha quedado en la pobre y borrosa tipografía del libro de Salmerón, tan raro y escaso que vale tanto como si fuese inédito, por lo cual la traslado íntegra:

“Luego trataron las religiosas de que se edificasen la casa e iglesia, con grande confianza en Dios, sin tener más caudal que las limosnas y piedad de los fieles y las dotes de las que iban entrando, que se aplicaban para la obra. La cual en pocos años se acabó y es una de las mejores y más fuertes que hay en las Indias, porque el convento tiene todas las oficinas altas y bajas necesarias, con dos patios, el principal todo enladrillado, con claustro entero de bóveda y altares bien adornados de excelentes imágenes en las esquinas para las procesiones; por él se entra al refectorio, a la escalera, que es muy buena, y cubierta, y al Coro bajo, cuyas rejas salen a la Capilla Mayor, y allí junto está el comulgatorio, que cae sobre las primeras gradas del Altar Mayor.

”De este claustro se pasa a la portería, sacristía interior y al torno y al locutorio, todo debajo de cubierta, y también al otro patio, donde hay otras oficinas para el servicio de la casa, del cual se pasa a la huerta, que es muy buena y tiene muchos árboles frutales, con grande abundancia de flores para el ornato de los altares y pila de agua corriente.

”En ella hay dos ermitas, la una que hizo a su costa el capitán Miguel de Sosa, que Dios haya, es muy grande y suntuosa, de bóveda con un cuadro de la calle de la Amargura tan grande que ocupa todo un testero de arriba abajo; la otra es del huerto de Getsemaní, con un cuadro de la misma suerte, aunque es más pequeña. En estas ermitas tienen las religiosas ejercicios los días

continuados que a las preladas parecen, estándose allí en soledad y oración todo el día, hasta la noche, que vienen a la celda. También tienen los mismos ejercicios en otro aposentico alto que llaman la Tribuna, que cae junto al Altar Mayor, con reja y puerta con llave y una celosía de hoja de lata a manera de rayo.

”En subiendo la escalera la sala donde se tiene la recreación conventual, bien adornada de imágenes y pensamientos devotos; por ella se entra al Coro, cuyas rejas salen a la iglesia; es capaz y muy adornado con imágenes excelentes de talla y pintura, y de él se pasa a la sala del Capítulo y a otras piezas que tiene. Los dormitorios son como los de los religiosos, con sus celdas, todas de una misma manera y los tránsitos tienen imágenes y cosas de devoción en las paredes. Hay asimismo en lo alto noviciado y enfermería, oratorio y otras oficinas y las ventanas de ellas y de las celdas con rejas de hierro.”

Ésta es una de las pocas descripciones coloniales que existen de un interior conventual de monjas, ya que estaba prohibida la entrada a los varones, salvo el caso de muerte, para el confesor y el médico, los cuales pasaban rápidamente a sus objetivos inmediatos sin fijarse en lo demás. Por ello es excepcional esta breve y sustanciosa noticia de Santa Teresa de Puebla y por ello también se cree Salmerón con deber de explicarnos: “todo este interior del convento vi en una ocasión que entré en compañía del señor don Antonio de Cervantes, Canónigo de esta Santa Iglesia Catedral, Vicario de los Conventos de religiosas de esta ciudad y particular bienhechor de éste, que entró a visitar la clausura por unas obras que se hacían, porque cuando se ofrece entrar a sacramentar a alguna enferma vamos vía recta al lugar donde está, sin divertirnos a otra parte en manera alguna, recibiéndonos la prelada y clavarias con sus velos en la portería, hincadas de rodillas, para que les demos la bendición y no se apartan de nosotros hasta que volvemos a salir, tocándose una campanilla para que ninguna religiosa aparezca mientras hay personas de fuera en el convento; y todos guardamos silencio, y los médicos y cirujanos en el claustro y dormitorios, de tal manera que mientras se confiesa la enferma, está el compañero junto a la puerta de la celda con las

madres, sin hablar una palabra, aunque sea por mucho tiempo, y sin que se quiten los velos, porque en esto hay gran rigor”.

“La iglesia —prosigue Salmerón— es muy suntuosa y grande, de cuatro bóvedas labradas de yeso, con su cornisa y algunos artesones dorados, y en la esquina su torre y campanario bien curioso; es de los mejores y más fuertes que hay en esta tierra. Tiene reja, que divide la Capilla Mayor, en la cual hay dos altares, el mayor, de talla y pincel a lo moderno, bien costoso y tan grande que ocupa toda la testera de alto a bajo y en el lugar principal está el glorioso Patriarca San José, de bulto, sentado en una silla, con el Niño Jesús en los brazos. Al lado derecho, frontero del Coro bajo, está un suntuoso altar de la Purísima Concepción con reja de hierro torneada y dorada, hecha en Vizcaya. Este altar lo hizo un devoto y ha dado para su ornato muchas presas de oro, plata, joyas, perlas y otras cosas de gran valor, con un ornamento todo entero y cumplido, de tela fina, bordado, que vino hecho de Millán, al uso Romano, el más curioso que hay en esta Ciudad. Está la Capilla Mayor llena de cuadros de lindas pinturas al óleo, los más de la vida de Santa Teresa. En el cuerpo de la iglesia, frontero de la puerta principal, hay otro altar de la misma santa, que hizo a su costa otro devoto, y ahora se trata de hacer otro frontero de la segunda puerta, de la Concordia espiritual . . . La sacristía tiene suficientes ornamentos, ordinarios y extraordinarios; las palias corporales y albas y lo demás es todo muy curioso. Hay mucha plata labrada y la mejor custodia de plata dorada que hay en esta ciudad fuera de la Catedral, con unas andas de ébano y marfil, harto curiosas . . .”

Muchas transformaciones ha sufrido esta iglesia. Ya no existen los labrados de yeso de la bóveda, ni la torre y campanario, ni la tribuna, ni el Coro bajo junto al altar, ni los retablos. Éstos aún estaban en tiempo de Veytia, pero el siglo estúpido para el barroco los arrasó.

No comprendo bien para qué había Coro bajo junto al altar mayor si había lugar para él a los pies de la iglesia.

Ahora, los vacíos Coros están frente al altar. “La iglesia —nos dice Veytia— es un cañón sin crucero compuesto de seis bóvedas inclusas la del presbiterio y una que ocupa el Coro.” Y así es.

Cosa insólita es que un Coro poblano sea de una sola bóveda; tal vez porque se siguió usando ese Coro bajo del siglo xvii.

El hueco de las rejas tiene su arco rebajado de ladrillos, y es muy ancho. En el interior se ven señas de la cráticula, la puerta de acceso al convento y una ventana enrejada que daba al claustro. El Coro alto está cubierto ahora por unos lienzos que representan, al centro, al Señor de Burgos y a la Virgen de la Soledad, y a los lados, santos carmelitanos en nichos con columnas salomónicas. En el medio punto, en lugar de abanico está otro lienzo que parece Joaquín Magón. En él la Virgen del Carmen reparte “documentos”, en el sentido de consejos, a un obispo, a dos clérigos y a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa, quienes, a su vez, los dan a unas monjas. Uno de esos consejos lo escribe el propio Niño Jesús, a quien le presenta un tintero San Miguel Arcángel.

En el presbiterio se conserva el azulejo sepulcral (no sé si también los restos) de Sor Isabel de la Encarnación, de quien hemos hablado.

SANTA CLARA

Hace doce años aún existían sus rejas, que eran muy hermosas. Las del Coro bajo en forma de panal de abejas. ¡Era la única con este dibujo y desapareció! Ahora los Coros son: la primera bóveda un indefinible espacio, entre pseudo capilla y pseudo Coro; la segunda, escaleras; la tercera, oficinas. Y todo esto podría haberse hecho —si tan necesario era— sin quitar la interesante reja, que, por cierto, ¿dónde estará?

En el Coro alto quedan cuatro medios puntos de pintura con escenas de la vida de San Francisco y de Santa Clara a los lados de las ventanas. Bajo éstas hay dos retablitos churriguerescos que ignoro si estaban ya desde antes o fueron puestos allí últimamente. Por supuesto que, en lugar de la antigua reja, está ahora una barandilla moderna estilo . . . “colonial”.

“La iglesia —dice Vetancurt— es de las mejores que tiene la ciudad, con ser todas tan bien hechas; es de bóvedas bien acabadas y su adorno de altares y pinces no tiene que envidiar al más lucido; dedicóse la primera vez en 1642 y por haber falseado la